



**Carora en 1919:
“La densa niebla de la monotonía habitual
de la parroquia.”**

Luis Eduardo Cortés Riera.
cronistadecarora@gmail.com

Acababa de terminar en Europa la horrorosa primera guerra mundial, Alemania es humillada en Versalles en 1919, la fatídica Gripe Española comienza su esperado retroceso, tímidamente se inicia la industria petrolera en Venezuela, el general Juan Vicente Gómez sufre un conato de golpe en enero, en junio fallece el médico Dr. José Gregorio Hernández, el diario *El Impulso* de Federico Carmona y familia decide mudarse desde Carora, su lugar de nacimiento el 1º de enero de 1904, a la pujante ciudad de Barquisimeto, ocasión cuando el bachiller José Herrera Oropeza (1885-1935) resuelve llenar ese hueco informático fundando el *Diario de Carora* el 1º de septiembre de 1919 con el quijotesco editorial *Por las llanuras manchegas*. El periódico pronto se convierte en refugio de la elite cultural con figuras como Cecilio “Chío” Zubillaga, Agustín Oropeza, Francisco Manuel Mármol, Dionisio Oviedo G. y el propio José Herrera Oropeza.

Es un diario con evidentes inclinaciones literarias, pues su primer número inicia con un poema del mexicano Amado Nervo, recién fallecido en mayo de 1919, titulado *Primera*

Página, donde se expresa la lucha y la búsqueda de la vida. En esta obra el poeta invita a la lectura a través de una invitación a subir a un Arcano, simbolizando la búsqueda de la espiritualidad y la conexión con lo divino. La letra destaca la belleza y la oscuridad de la naturaleza, reflejando la dualidad de la vida y la muerte.

Entrega el novel periódico en los siguientes números del mes de septiembre diversos cuentos: *Dos muertos* de un tal ABC, *El héroe*, *La Tumba*, *Muerte de Galba*, de Luis de Oteyza, *Un buen juez, un mal matrimonio*, de Verville, *El Milagro*, *Los tres espejos*, *Muerte de Salomé* de Rubén Darío, *De guardia en la prisión*, *De cómo “All raight , resulta a veces “All wrong”*, *El legado del suegro*, *Unas bodas de oro*, un poema de Francisco Villaespesa *El poema del desierto*, de José Santos Chocano *Senos de Reina*, *El gran siglo* de Felipe Sassone,

El nuevo periódico caroreño “De intereses generales”, tal como se autocalifica *El Diario* -cosa sorprendente que deberían imitar los periódicos actuales- parece más una revista literaria que otra cosa o un vulgar pasquín.

Pero merece destacado lugar la novela *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, editada en 1719 en el Reino Unido, presentada por entregas en una reducción (resumen) de Dionisio Herrera. La empresa editora Tipografía del Comercio de *El Diario* la imprime en presentación de folletín.

La isla es poderosa metáfora del aislamiento y la manera en que el naufrago resuelve y afronta problemas, tal como la ciudad de Carora en su secular recogimiento en el semiárido larense venezolano soluciona sus problemas en relativa soledad. La ciudad se mira a sí misma en la poderosa narrativa de Defoe. En un vasto erial colocada la urbe desde el siglo XVI, ciudad de blancos que logra admirar y levantar elogios a Oviedo y Baños, José Luis de Cisneros, al Obispo Martí y a nuestro contemporáneo Mariano Picón Salas, quienes observan que Carora ha creado un hábitat favorable para la civilización y la cultura en medio de una geografía imposible: intenso calor, la “depresión de un calor inmisericorde”, abrasadora sed, a lo cual debemos agregar que es una sociedad esquiva, con un mantuanaje en su vértice, fiel a su pasado hispano o canario, que elude a extraños y viajeros, abroquelándose como una celosa casta orgullosa de su pasado colonial. Ellos se han apropiado de la memoria y ejercen una hegemonía ideológica y cultural. Carora es una suerte de isla rodeada de tierra por todas partes. Carora es un Robinson Crusoe al borde de una geografía imposible.

En la columna Ecos y Glosas de *El Diario de Carora* de fecha viernes 12 de septiembre de 1919, hay una queja sobre el hecho de que las retretas habían desaparecido y que lo mismo estaba por suceder en septiembre: “¿Por qué se han acabado las retretas? Nadie lo sabe. Se acabaron de golpe, sin que hayamos podido saber la causa. Y es una lástima. Las retretas hacen mucha falta. Son unas horas de grato esparcimiento en las noches dominicales. La belleza de nuestras mujeres en el Parque (Plaza Torres o Bolívar) y las notas de la música, disipaban, siquiera por breve tiempo, **“la densa niebla de la monotonía habitual de la parroquia.”**

¿Por qué razón se expresa de tal manera *El Diario* de la ciudad que le sirve de sede y que acoge el nuevo impreso tras la mudada del diario *El Impulso* a Barquisimeto? Es un ejercicio de psicología social comprenderlo y darle sentido.

Lo que asalta es el reciente paso de la mortal plaga de la Gripe Española en 1918, pandemia que ocasiona unas 25.000 víctimas mortales en Venezuela. “El mayor cataclismo nacional, afirmó el Dr. Luis Razetti, desde el terremoto de 1812 y el cólera de 1855.” La esperanza de vida era apenas de 45 años, hubo brotes recurrentes de paludismo, fiebre amarilla, peste bubónica, tifus, cólera, disentería y lepra. Cortejos fúnebres y numerosos cuerpos aparecían en las calles. La gente se recogía temprano por las noches rezando una oración a la Divina Pastora. Reunirse festivamente en la Plaza Bolívar para una retreta era un verdadero riesgo de contagio. El Hospicio de San Antonio de Carora estaba a reventar de enfermos. La Botica del Carmen de Rafael Zubillaga hacía múltiples despachos de medicinas, fórmulas médicas y drogas las 24 horas del día. El Colegio Federal Carora, dirigido por el Dr. Ramón Pompilio Oropeza, cierra sus puertas por varias semanas el 17 de febrero de 1919.

Carora se estaba reponiendo entonces de la trágica muerte en Duaca en 1911 del presbítero doctor Carlos Zubillaga, doloroso hecho que enluta los corazones. En 1914 una afligida sociedad le erige una estatua de cuerpo completo en la Plaza Aguinagalde, al este de la ciudad. Este notable levita había sido fundador, junto al padre Lisímaco Gutiérrez, del Hospital San Antonio de Padua, imprimieron un quincenario *El Amigo de los Pobres* en 1900, crearon escuelas nocturnas para obreros, una congregación de religiosas, una banda de música, implementaron ollas comunitarias. Se ha considerado a Zubillaga y Gutiérrez unos precursores de la Teología de la Liberación Latinoamericana del presente. Fue una pérdida irreparable para la ciudad la muerte de Zubillaga a los 31 años de existencia, a lo que debemos agregar la muerte de Gutiérrez en 1919. Dos extraordinarios varones que hicieron realidad momentánea la *Encíclica Rerum Novarum* (1891), del progresista papa León XIII: la búsqueda de Dios entre los pobres.

Otro levita, el conservador padre Pedro Felipe Montesdeoca, mantenía a raya los excesos lúbricos y voluptuosos, reclamaba a los ricos por negarse ayudar a los pobres, “los que les dan tres cambures podridos o un pedazo de pan roído por las ratas por salirles más barato.”, era un moralista a todo trance, que sumió a la ciudad en los rígidos preceptos del Concilio de Trento del siglo XVI: La fe sin obras es cosa vacía, moralidad y frugalidad. Una ciudad que con viejo espíritu devoto se desvela por los misterios de la fe y el terror a las pailas del infierno. Sus días eran iguales a sus días, continuo y monótono repique de campanas en San Juan, la capilla del Calvario y San Dionisio, rosario en familia todas las tardes y al anochecer, el sonido del esquilón de la muerte. Los libros de cofradías de la Iglesia Católica eran una suerte de prisión de tinta y papel. Los varones del patriciado caroreño se refugiaban en los salones de aristocrático Club Recreativo Torres, vedado a las féminas y a todos aquellos que no hundían sus raíces en el patriciado local, el mantuanismo. Una sociedad cuadrada en sus pautas ciudadanas que conducían a una monotonía tiránica. Un poco de Comala en su rutina circular donde vivos y muertos coexisten, un poco de Macondo por su marcada endogamia entre los patricios.

En esos años la dictadura de Juan Vicente Gómez cierra sus fauces. Queda atrás la luna de miel iniciada en 1908 y que se expresa en las presidencias interinas del larense José Gil Fortoul (1913 – 1914), y Victoriano Márquez Bustillos (1914-1922), y que en Carora tendrá su en carnación en el simpático general Juan de Jesús Blanco, aceptado por la sociedad y hasta miembro del selecto Club Torres, pues era un jefe civil de consenso. Había inaugurado el acueducto en 1914, remozó el Parque Bolívar, extendió la red telegráfica en el extenso Distrito Torres, pero sobre todo fue artífice, junto con Chío Zubillaga, de la reapertura del Colegio Federal Carora en 1911, institución que había sido clausurada por el general Cipriano Castro en 1900. Luego fue abierta una escuela de primaria en 1915 con el nombre del médico Dr. Ezequiel Contreras. Chío Zubillaga y el Dr. Ramón Pompilio Oropeza apoyan al general Juan Vicente Gómez en su deseo de elegirse presidente en 1910.

Carora se sume en el tedio y la rutina de sus horarios previsibles, menos opciones de ocio, entretenimientos escasos. Los novios no pueden entrar a casa de sus novias, y si lo hacen pueden ser objeto de multas por parte de la Iglesia Católica. Luego del matrimonio la esposa era entregada a su marido diez días después de la boda. La baraja y la bebida se adueña de la urbe a tal punto que alarmado el Dr. Ramón Pompilio Oropeza crea una clase de antialcoholismo en el Colegio Federal. La monotonía se afinca aún más con el calendario litúrgico, la repetición de los rituales año a año, Adviento, Cuaresma, Semana Santa Corpus Christi, primeras comuniones, cada estación trae las mismas celebraciones casi sin variantes, las mismas oraciones, los mismos cantos, transmitidos de generación en generación, lo que refuerza la sensación de rutina y monotonía. Solo el granizo caído luego del vendaval era una rareza y motivo de sorpresa, “fue la nota alegre y mejor.”

¿Quién escribía estas observaciones tan mordaces y a veces irónicas en *El Diario de Carora* en 1919? Me inclino a creer que eran las plumas de Chío Zubillaga y José Herrera Oropeza. Chío y no otro fue capaz de escribir que “hay que ridiculizar esos fatuos pujos aristocráticos...que desde 1789 la aristocracia está en descrédito, que la limpieza de sangre es un contrasentido hoy.” (martes 9 de septiembre de 1919). Aquí en germen tenemos al Chío Zubillaga que va a enfrentar a su misma clase social, los godos de Carora, con una retórica antilatifundista, en defensa de los pobres y los mas humildes. Un auténtico “intermediario cultural”, un mediador entre las elites patricias y el pueblo alpargatudo y analfabeto, basado en la *Encíclica Rerum Novarum* del papa León XIII y la Revolución Bolchevique sucedida dos años antes en 1917. Lenin y Jesucristo estaban albergados en un mismo pecho.

Sorprende que, en un medio tan conservador, como escribe César Humberto Soto, “una ciudad silenciosa amodorrada en la canícula de su clima tropical y veía trascurrir su vida mansa como la corriente terrosa del río Morere”, alternen en *El Diario de Carora* plumas tan disímiles y hasta opuestas. Fue un carácter pluralista el que observamos con satisfacción en ese humilde periódico del semiárido larense en el que pueden escribir figuras antitéticas como el padre Pedro Felipe Montesdeoca, Chío Zubillaga, Don Agustín Oropeza, Dr. Francisco Manuel Mármol. Esa magnífica condición editorial refuerza aún más nuestro

ensayo que titulamos en 2023: *Carora: las luces del gomecismo*. No todo fue oscuridad bajo la bota de los andinos.



Este ensayo se basó en la edición facsimilar de la colección del mes de septiembre de 1919 de *El Diario de Carora*, homenaje al Cuatricentenario de la ciudad de Carora, ediciones de la Presidencia de la Republica. Caracas, Venezuela, 1969. Era presidente de Venezuela el Dr. Rafael Caldera.

Carora,
Estado Lara,
República Bolivariana de Venezuela,
martes 6 de enero de 2026.